

ALFREDO R. BUFANO

**ELEGIA**  
*DE UN SOLDADO MUERTO*  
*POR LA LIBERTAD*



BUENOS AIRES

ALFREDO R. BUFANO

**ELEGIA**  
*DE UN SOLDADO MUERTO  
POR LA LIBERTAD*

BUENOS AIRES

1950

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN

Duro es morir en los juveniles años.  
Pero yo soy feliz porque lo hice por mi Patria,  
y por algo más bello todavía:  
la libertad de todos los hombres de la tierra.  
¡Libertad! ¡Oh lucero! ¡Oh flamígera espada!  
Cielo altísimo, flor incomparable,  
arquitectura indestructible,  
eterna voz de indómitas corrientes,  
potro de luz en siderales ámbitos.

Soy feliz por haber muerto  
en holocausto de mercedes tan próceres,  
tan simples y maravillosamente puras.  
¡Pero no puedo reposar, Dios mío!

Yo vivía allá lejos, más allá de los mares,  
más allá de muchos países desconocidos.  
Era dichoso con mi arado y mis bueyes,  
con mi hacha y mi cabaña,  
sagrada herencia de mis mayores  
como el sudor de mi frente  
y mis leales manos encallecidas.

¡Qué amor sentía por mis campos!  
Mi corazón era un cernícalo gozoso  
sobre las dilatadas praderas.

Mis plegarias se unían al canto de las alondras,  
al rumor poderoso de los ríos,  
al mugido cálido del toro  
que al día enarbolaba entre sus aspas,  
y al viento sensual y jocundo  
que violaba el secreto de los bosques  
para sembrarlo sobre las llanuras.

Yo era dichoso. Tenía una madre dulcísima  
en la que abrevaba como en un remanso  
tras laboriosas jornadas.  
Y tenía una novia —¡ah, Dios mío!  
de cuyos ojos nacía la primavera  
y en cuya boca descubrí tembloroso  
que la miel era amarga comparada con sus besos

Yo era feliz. ¿Podía no serlo  
si sólo tenía veinte años  
y en mí retozaba la alegría de los recientes?  
¿Podía no serlo si yo vivía en mi Patria,  
si hundía mi arado en su gleba,  
si bebía el agua de sus arroyuelos,  
y miraba sus constelaciones?

Pero un día —¡he aquí, Señor! ¡Oh inenarrable!—  
aparecieron en el mundo  
sobrecogido de dolor y de espanto  
las siniestras jaurías  
de la agresión y la barbarie sin fronteras.

¡Jamás vieron los hombres nada igual!  
Aldeas, ciudades, naciones  
eran arrasadas por hordas monstruosas  
de jabalíes enloquecidos  
de soberbia, de orgullo y de codicia.  
Torvas manadas de bisontes  
profanaban los templos y las banderas.

¡Jamás vieron los hombres  
nada igual! Las voces de mando  
eran tan sólo de exterminio y de muerte,  
y de algo infinitamente más horrible  
como es la esclavitud. ¡Ah, qué inmundicia palabral!

Los vientos se poblaron de lacerantes gritos  
que lanzaban los pueblos sojuzgados.  
Continentes enteros  
fueron uncidos a oprobiosos yugos.  
Proliferaba por doquiera la cicuta aterradora  
de la traición a la Patria.  
La sombra del Iscariote  
hacía alarde de sus treinta dineros.  
No había mar ni río  
que no estuviesen rojos de sangre clamorosa.  
Razas de sagrado linaje  
sufrieron infernales torturas  
y persecuciones satánicas  
hasta encontrar al fin nefanda muerte.  
¡Pero siempre más dulce y más benigna  
que las cadenas de la servidumbre!

Las legiones de monstruos avanzaban  
por los cuatro rumbos del planeta.  
Fué entonces, lo recuerdo,  
cuando troqué mis ropas de labrador dichoso  
por éstas de soldado que hoy cubren mis cenizas.

Con millares de hermanos dejamos nuestra América,  
nuestras alegres granjas, nuestras locomotoras,  
nuestras fábricas, nuestras verdes campiñas,  
nuestros hogares sacrosantos,  
para ir a luchar contra las fieras  
que se extendían por el universo  
como una horripilante pesadilla  
de vituperio y crimen, de abyección y de lodo.

Atravesamos océanos, duros cielos, remotos ríos,  
vírgenes selvas, aterrados archipiélagos,  
desiertos espectrales, altiplanos, maniguas,  
traidoras dunas y escondidas ciénagas.  
Pero íbamos contentos. ¡Lo sabes tú, Señor,  
que oías nuestras plegarias en la noche!  
Lo saben todos los vientos  
que se llevaban nuestras joviales canciones  
y los himnos de nuestros países lejanos.

¡Y al fin peleamos! Con qué salvaje alegría.  
con qué alegría dolorosa y terrible  
disparé el primer tiro de mi ametralladora  
por la libertad de los hombres!  
¡Lo sentí en mis carnes, lo sentí en mis propias carnes  
como un gran río de fuego!  
Pero ya no podía silenciar mi arma  
ni detener mi marcha contra el feroz enemigo.  
Debía matar. Y maté ciegamente,  
sin fatiga, sin tregua, sin reposo.  
Pero ciegamente, como bajan  
los poderosos aludes estivales  
de las altas y fragosas cumbres.

¡Maté, Señor! ¡Y sé que es condenable matar!  
Comprendo, Señor, que eran hermanos desconocidos.  
¡Mas yo maté por la libertad de mi Patria,  
por la de otros pueblos y por la de los hombres!  
¡Y ellos mataban para hacer esclaves  
de los sobrevivientes,  
mil veces más desventurados  
que los caídos en la lucha horrible!

¡Cuántas derrotas experimentamos  
antes de alcanzar la inútil victoria definitiva!  
No quiero recordarlas porque aún me queman  
sus nombres las entrañas y los huesos.

Peró nunca hicieron presas de nosotros  
ni el desaliento ni la cobardía.  
¡Teníamos veinte años,  
ardía en nuestras venas  
el glorioso fervor de nuestros antepasados  
y luchábamos como ellos por el amor y la justicia!  
Luchábamos como ellos por un mundo libre,  
sin amos ensobrecidos por la fuerza.  
¡Lamentable cosa efímera  
mucho más que una brizna en el desierto!

Luchábamos por un mundo sin esbirros,  
por un mundo sin delatores,  
sin prisioneros espantables,  
sin fosas comunes abiertas con las uñas  
de los propios ajusticiados.  
Luchábamos por un mundo venturoso  
sin redentores de carne y estolendas,  
sin histriones mendaces  
que lanzan tremebundos anatemas  
con los cuales asustan solamente a los cínicos,  
mas no a los hombres que saben perderlo todo  
por no abatir los claros neblíes de su espíritu  
y no sentir la lepra de afrentosas coyundas.

¡Qué ardor poníamos en las terribles batallas!  
A mi vera caían mis compañeros de lucha,  
jóvenes como yo, que allá lejos  
habían dejado sus más puros amores.  
Los vi caer despedazados,  
con las entrañas abiertas y los cráneos deshechos.  
O los vi morir tras pavorosa agonía,  
solos, monstruosamente solos,  
aterradoramente solos,  
ignominiosamente solos,  
como Abel en los días terribles  
y maravillosos del comienzo del mundo.

¡Y un día yo también hallé la muerte!  
¡Ah, Señor, con qué extraña claridad lo recuerdo!  
Tras duro encuentro nos tocó el reposo  
con el acre sabor de la victoria.  
Yo, cubierto de fango nauseabundo  
y salpicado por la sangre  
de mis camaradas caídos,  
me acerqué a un arroyo murmurante  
que atravesaba un delicioso huerto,  
me eché de bruces sobre el fresco musgo  
y hundí mi rostro en las corrientes aguas.  
¡Qué acto simple, qué delicia pura!  
Los líquidos rumores despertaban  
en mí remotos ecos de canciones  
de mi infancia libérrima, allá en mis verdes prados.

Después, incorporado entre los árboles,  
extraje un espejuelo de mi rota guerrera  
y me entregué a mirarme largamente.  
Pero no era mi rostro el que veía,  
sino los grandes ojos de mi madre  
y los dulces hoyuelos de mi novia  
llenos, Señor, de matinal rocío,  
todo ello circuido por un halo  
de musicales brumas.

Fué en ese instante de total abandono,  
fué en ese instante de laxitud y de entrega,  
fué en ese instante de inefable olvido,  
fué en ese instante en que mi arma reposaba  
y yo era el hombre recuperado,  
cuando llegó la muerte sigilosa,  
invisible y artera.

Sentí que el corazón se me quebraba.  
Mi última visión fué el dulce campo,  
una florida rama de cerezo,



un pedazo de cielo entre las hojas.  
Y extendido quedé sobre las hierbas.  
Árboles, flores, pájaros y nubes  
creyeron que dormía. Pero yo estaba muerto.  
¡Cai, Señor, por la libertad de los hombres,  
por el amor y la decencia  
y la fraternidad de las naciones!

Ahora estoy aquí bajo la tierra,  
en un país desconocido.  
Ya no me quedan ojos,  
—¡aver joviales mundos y hoy nidos de culebras!—  
mis huesos se disgregan lentamente.  
Sólo siento, Dios mío, que un manantial de sangre  
eternamente fluye de mi costado abierto.

¿Qué se hizo, Señor, mi juventud victoriosa?  
¿Qué se hizo mi fuerza varonil?  
¿Qué se hicieron mis alegres canciones,  
mis sueños, mis esperanzas, mis venturas,  
la clara dicha de mis días agrícolas,  
mi sed de amor y mis plegarias?

Aquí estoy, bajo la tierra,  
en la repugnante compañía  
de crecientes legiones de vermes insaciables.  
Yazgo aquí, en una huesa sin cruz y sin nombre,  
como muchos millones de camaradas.  
¡Pero no puedo reposar! ¡No puedo reposar!  
¡No puedo reposar!  
¡Porque ahora comprendo, Señor, que he muerto en vano!

¿De qué sirvió mi sangre? ¿De qué sirvió, Dios mío,  
mi sangre generosa? ¿De qué sirvió la sangre  
de tantos encendidos corazones  
rotos, Señor, en sus mejores días?

¿Cómo dormir? ¿Cómo encontrar sosiego?  
Insomne desde aquí, pavorosamente insomne,  
con los ojos acusadores de mi eternidad  
sigo viendo a los hombres transformados en chacales.  
Ululan en la noche como vientos diabólicos;  
persiguen, ahorcan, matan despiadadamente;  
se priva de su Patria a los indefensos;  
se hace escarnio y ludibrio de las ideas;  
se entronizan mendaces y perjuros;  
medran aduladores y lacayos;  
hay naciones que alientan y ejecutan  
los mismos tenebrosos designios  
que hasta ayer combatieron con nosotros;  
se sigue sojuzgando a los pueblos  
con las más viles artimañas;  
en infames mazmorras agonizan  
venerables pastores  
cuyo único crimen es su encendido amor  
por Aquel que nos dijo:  
"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida";  
se aherroja a la palabra insobornable  
porque es la pesadilla de los déspotas;  
los corazones se trasforman  
en impenetrables murallas;  
y un odio hambriento de dominio  
se extiende sobre todo lo creado  
como horrendas brigadas de crótalos  
y espantables legiones de velludas arañas  
y repulsivas escolopendras.  
Pero hay algo más triste todavía,  
algo infinitamente más amargo:  
¡No hay lugar en la tierra para los hombres libres!  
¿Cómo dormir? ¿Cómo encontrar reposo?

¡Basta, insensatos, basta!  
Dejad crecer la hierba en las praderas,  
dejad que maduren los trigales,

dejad que los racimos cuajen en las vides,  
dejad que se doren los albrichigos  
y se cubran de púrpura las joviales manzanas.

¡Basta, insensatos, basta!  
Dejad que los niños canten bajo el cielo,  
dejad que los jóvenes vivan,  
sueñen, amen y recen.  
¡Dejadlos que construyan sus casas,  
que cultiven sus rosas y sus huertos  
y fecunden a sus amadas mujeres!

No privéis de su pan y su lecho  
a los que no piensan como vosotros.  
Dejad orar a los que creen  
sin que los castigéis con hierro y hambre.  
¿Por qué deben vivir como raposas del monte  
los que no se arrodillan ante vuestra soberbia?  
¿No sois, acaso, todos hijos de un mismo Padre?

¿No estáis aún satisfechos, ¡oh, poderosos!,  
con la sangre que habéis derramado  
en todos los confines del mundo?  
¿Ni con las montañas de cadáveres  
que se elevan sobre la tierra desgarrada  
y en los abismos de algas y madreporas  
de los grandes océanos que eternamente lloran?

¿No veis que las fieras  
se sienten inferiores a vosotros  
y tiemblan temerosas ante vuestras asechanzas  
en la ultrajada soledad de sus selvas?

¿Os olvidáis acaso que algún día  
seréis triste ceniza miseranda  
como yo, las encinas y los juncos

y los vastos imperios y ciudades  
orgullo otrora de altaneros reyes?  
¿De qué os valdrán entonces los ejércitos,  
de qué el poder omnímodo  
si no podréis decir como la rosa:  
yo embellecí la vida de los hombres?

¿De qué os valdrán espadas,  
áureos galones y pomposos títulos  
si no podréis decir como la espiga:  
yo di pan en silencio?

Seréis broza, y no "polvo enamorado",  
y crecerán sobre ella oscuramente  
odio y rencor, si no piadoso olvido.

¡Basta, insensatos, basta!  
¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!  
¿No oís mi grito cósmico  
al que se une el de millones de hermanos  
inmolados como yo por vuestra ceguera  
y vuestros odios estériles?  
¿No veis mis horribles manos  
cruzadas ante vosotros en actitud de súplica?  
¿No veis que se estremecen mis despojos?  
¿No oís que irrumpe de mi boca desdentada  
mi tremendo clamor como un torrente  
de abrasadora angustia?

¿Cómo dormir? ¿Cómo encontrar sosiego?  
¡Dame, Señor, una segunda muerte,  
porque la que me diste no me alcanza  
para no ver la infamia y la ignominia  
que profanan la tierra que me cubre!



Alfredo N. Bufano